

entré piernas. En tanto, Gervasia habíase arrimado á Gouget, como para ver mejor.

Esteban había dejado el fuelle; la fragua se llenaba nuevamente de sombra, cual la puesta de un astro rojo, que de repente produjera obscura noche. Y el herrero y la planchadora experimentaban una vaga dulzura sintiendo que esta noche les rodeaba, en aquel cobertizo negro de hollín y de limaduras, del que se exhalaban olores de hierro oxidado; no hubieran creído hallarse más solos en el bosque de Vincennes, si se hubiesen dado una cita en el fondo de una enramada. El coloso tomó una de sus manos como si la hubiese conquistado.

Después, al hallarse fuera, no cambiaron ni una sola palabra. Al cabo de un rato, limitóse á decirle que hubiera podido llevarse á Esteban, si aún no faltase media hora de trabajo. Marchábase, por fin, la planchadora, cuando la volvió á llamar con objeto de detenerla algunos momentos más.

—Venid; aún no lo habéis visto todo... Y, en verdad, es muy curioso.

Condujola á la derecha, á otro cobertizo, donde su patrón instalaba toda una fabricación mecánica. Llegada al umbral vaciló Gervasia, presa de un miedo instintivo. La vasta sala, conmovida por las máquinas, temblaba, y en el fondo flotaban grandes siluetas, manchadas de rojos fuegos. Pero él la tranquilizó sonriendo, jurándole que no había nada que temer; sólo si la encargaba que tuviese gran cuidado de no arrimar sus faldas muy cerca de las engravaciones.

Abrió el paso, y ella le seguía en aquella ensordecedora baraunda donde toda especie de ruidos silbaban y roncaban, en medio de aquellas humaredas pobladas de seres vagos, de hombres negros atareados, de máquinas agitando sus brazos, y que ella no podía distinguir con precisión. Los pasos eran muy angostos, había que salvar obstáculos, evitar agujeros y hacerse á un lado para librarse de un carretón.

No se oía hablar. La joven nada percibía claro, todo danzaba en torno suyo. Después, experimentando encima de su cabeza la sensación de un gran rozar de alas, alzó la vista y se quedó atónita mirando las

correas, las largas cintas que tendían en el techo una gigantesca telaraña, cada uno de cuyos hilos iba desarrollándose sin fin.

El motor de vapor estaba oculto en un rincón, detrás de una pequeña pared de ladrillo; las correas parecían hilar por sí solas, aportando el movimiento, desde el fondo de la sombra, con su desliz continuo, regular, dulce como el vuelo de un pájaro nocturno. Un momento estuvo Gervasia á punto de caer, chocando con uno de los tubos del ventilador que se ramificaba sobre el suelo, distribuyendo su soplo de viento acre á las pequeñas fraguas, junto á las máquinas.

El herrero comenzó por enseñarle esta sección; dirigió el viento hacia un horno y al momento desplegaronse anchas llamas extendidas á los cuatro lados en forma de abanico, cual pañoleta de fuego franjada, deslumbrante, apenas matizada por un punto de laca. La luz era tan viva, que las lámparas de los obreros parecían gotas de sombra en el sol.

Después, alzó la voz para darle explicaciones; pasó á las máquinas: las tijeras mecánicas que se comían barras de hierro, mascando un trozo á cada dentellada, y escupiéndolos luego por detrás, uno á uno; las máquinas de pernos y molduras, altas, complicadas, forjando las cabezas con un solo movimiento de un potente tornillo; las desbarbadoras con volante de hierro fundido, que batía el aire furiosamente á cada pieza cuyas rebabas quitaba; las taladradoras, manejadas por mujeres, que horadaban los pernos y sus tuercas, con el tic-tac de sus ruedas de acero relucientes con la grasa que las untaba.

La joven podía seguir así todo el trabajo, desde el hierro en barras, apoyadas en las paredes, hasta los pernos y las molduras fabricados, de los que había muchas cajas hacinadas en los rincones. Entonces comprendió, y sonreía; pero sentía cierta constricción en la garganta, inquieta al verse tan pequeña y tan tierna entre aquellos rudos trabajadores en metal, volviéndose, á veces, helada su sangre, al sordo golpear de una desbarbadora.

Acostumbrábase á la obscuridad, veía allá en lo hondo á hombres inmóviles regulando la jadeante danza

de los volantes, cuando algún hornó soltaba bruscamente el chorro de luz de su pañoleta de llamas. Y, á pesar suyo, siempre volvía á fijar su vista en el techo, donde estaba la vida, la sangre de las máquinas, el flexible vuelo de las correas, cuya enorme y muda fuerza veía pasar en el fondo obscuro de las crujiás.

Entre tanto Gouget se había detenido ante una máquina de pernos, permaneciendo allí pensativo, inclinada la cabeza, fijos los ojos. La máquina forjaba pernos de cuarenta milímetros, con el tranquilo aplomo de un gigante. Y á la verdad, nada era más sencillo.

El fagonero sacaba el trozo de hierro de la fragua; el golpeador lo colocaba en la clavera, humedecida continuamente por un chorro de agua para que el acero no perdiese su temple; y en un abrir y cerrar de ojos, el tornillo bajaba y el perno saltaba al suelo; con su cabeza tan redonda como hecha en molde. En doce horas, la maldecida máquina fabricaba centenares de kilogramos de pernos. Gouget no era malo; pero, en ciertos momentos, hubiera de muy buena gana cogido á Fifine para destrozar á golpes aquella masa de hierro, furioso al ver que tenía brazos más fuertes que los suyos.

Esto le disgustaba hondamente, aun cuando reflexionaba que la carne no puede luchar con el hierro. Día habrá de llegar, seguramente, en que la máquina mate al obrero; ya sus jornales, de doce francos habían bajado á nueve, y aún se hablaba de reducirlos más. Finalmente, no tenían nada de alegres aquellas monstruosas bestias que lo mismo hacían pernos y tornillos, como pudieran hacer salchichas. Continuó todavía en su contemplación por espacio de tres minutos sin chistar; sus cejas se contraían y su bella barba rubia se erizaba amenazadora. Después, un gesto de dulzura y de resignación ablandó poco á poco sus facciones. Y volviéndose hacia Gervasia que estaba siempre arrimada á él, dijo con triste sonrisa:

—¡Bah! ¡esto nos disgusta soberanamente; pero quizás, andando el tiempo, contribuirá á la felicidad de todo el mundo!

Gervasia se burlaba de la felicidad de todo el mun-

do, y encontrabá mal hechos los pernos á máquina. —Vaya—exclamó con animación,—están demasiado bien... Prefiero los vuestros. Allí, al menos, se echa de ver la mano de un artista.

Hablando de esta suerte causaba suma alegría al herrero que, por un momento, había temido que le despreciase, después de haber visto las máquinas. ¡Caramba! Si bien él era más fuerte que Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, las máquinas eran más fuertes que él. Y cuando se despidió, por fin, de ella en el patio, le dió un apretón de manos, con tanto gozo, que por poco la lastima.

La planchadora iba todos los sábados á casa de los Gouget á llevarles su ropa. Seguían los Gouget viviendo en la casita de la calle Neuve de la Goutte d'Or. El primer año les había ido devolviendo con toda regularidad veinte francos cada mes, y añadía la diferencia para completar los veinte francos, porque debía advertirse que el planchado de los Gouget no pasaba de los siete á ocho francos. Llevaba ya pagada, pues, la mitad precisamente de su deuda, cuando, un día de vencimiento, no sabiendo cómo componérselas, por falta de cumplimiento en el pago de algunas parroquianas, vióse precisada á recurrir á los Gouget para pagar el alquiler.

Otras dos veces, para pagar á las oficialas, habíase dirigido también á ellos, por manera que la deuda había vuelto á subir, importando actualmente cuatrocientos veinticinco francos. Desde entonces, dejó ya de entregar dinero, y se desquitaba de la deuda únicamente con el planchado. Y no es decir que trabajase menos, ni que sus negocios tomasen mal rumbo. Al contrario. Era que en la casa había ciertos despilfarros, era que el dinero parecía derretirse en sus manos, y se daba por muy contenta cuando podía atar un cabo con otro. ¡Dios mío! con tal que se pueda vivir, no hay de qué quejarse ¿verdad? Y engordaba, cediendo á todos los abandonos que engendra la obesidad naciente, sin fuerzas para asustarse pensando en el porvenir. ¡Tanto peor! El dinero vendría siempre, y el que se guarda en un rincón, se oxida. Sin embargo, la señora Gouget continuaba tratando á Gervasia

con afecto maternal. Reñala á veces con dulzura, no á causa de su dinero, sino porque la apreciaba y temía que llegase á dar un tumbo. De su dinero, ni siquiera le hablaba. En una palabra, era la delicadeza personificada.

El día siguiente al de la visita de Gervasia á la fragua era precisamente el último sábado del mes. Cuando la joven llegó á casa de los Gouget, donde tenía á empeño el ir en persona, su cesto le había molido en tal modo los brazos, que tuvo que pararse unos momentos para resollar. Nadie diría cuánto pesa la ropa blanca, y sobre todo cuando hay sábanas.

—¿Lo traéis todo?—preguntó la señora Gouget.

La buena señora era muy severa sobre el particular. Quería que le devolviesen su ropa, sin que le faltara una prenda, para el buen orden, según decía. Otra de sus exigencias era que la lavandera acudiese exactamente el día fijado y siempre á la misma hora; de esta suerte, nadie perdía su tiempo.

—¡Oh! ¡viene todo!—respondió sonriendo Gervasia. Ya sabéis que no dejo nada atrasado.

—Verdad es—confesó la señora Gouget,—y si bien adquirís algunos defectos, ese no lo tenéis aún.

Y mientras que la planchadora vaciaba su cesto, colocando la ropa sobre la cama, la buena anciana iba haciendo su elogio; no quemaba las piezas, ni las rasgaba como otras muchas, ni saltaba los botones con la plancha; pero, desgraciadamente, ponía demasiado añil y almidonaba con exceso las pecheras.

—Ved sino; esto parece cartón—repuso haciendo crujir una pechera.—Mi hijo no se queja; pero esto le corta el pescuezo... Y mañana tendrá ensangrentado el cuello cuando volvamos de Vincennes.

—¡No, no digáis eso!—exclamó Gervasia desconsolada.—Las camisas para vestir, deben estar algo tiesas, si no se quiere que al poco rato parezcan un guiñapo. Fijaos en los caballeros... Vuestra ropa la plancho yo sola; no quiero que ninguna obrera ponga mano en ella; es la tarea que hago con más cuidado y si menester fuese, emplearía diez veces más tiempo, por ser cosa vuestra, como podéis comprender.

Habiase ruborizado ligeramente, al balbucear el fi-

nal de la frase. Temía dejar que se trasluciese el placer que sentía al planchar ella misma las camisas de Gouget. Verdad era que no se le ocurrían pensamientos pecaminosos, mas no por ello dejaba de tener alguna vergüenza de que lo sospechasen.

—¡Oh! no censuro vuestro trabajo, ya sé que lo hacéis á la perfección—dijo la señora Gouget.—Así, ved ahí un gorro que es una joya. Sólo vos sois capaz de hacer resaltar el bordado de este modo. ¡Y el encañonado! Vaya, al momento reconozco vuestra mano... Cuando dais, aunque sólo sea un trapo, á vuestras obreras, se echa de ver en seguida... ¡Conque, quedamos en que pondréis un poco menos de almidón! ¡Gouget no piensa, ni mucho menos, en parecer un caballero!

Mientras hablaba, había tomado el cuaderno de la lavandera y borraba las piezas pasando rayas por encima. Todo estaba al pelo. Al ajustar la cuenta vió que Gervasia ponía seis sueldos por un gorro; empezó por protestar, mas hubo de convenir en que generalmente no era caro, atendidos los precios corrientes; no, las camisas de hombre cinco sueldos, las fundas de almohada un sueldo y medio, los delantales un sueldo, no era caro, teniendo en cuenta que no pocas planchadoras contaban un sueldo más por cada una de estas piezas. Después, empezó Gervasia á recoger las prendas de ropa sucia, que la anciana anotaba en su cuaderno, las metió en el cesto, y no se marchaba, perpleja, teniendo en los labios una petición que la avergonzaba mucho.

—Señora Gouget—dijo al fin,—si no tuvierais inconveniente, tomaría este mes el dinero del planchado.

Casualmente, aquel mes era el de mayor entidad, pues la cuenta ascendía á diez francos y siete sueldos. La señora Gouget la miró un momento con serio ademán. Después respondió:

—Como gustéis, hija mía. No quiero negaros ese dinero, desde el momento en que lo necesitáis... Sólo os advertire que no es ese el camino para salir de deudas; esto lo digo por vos, ya me entendéis. Deberíais andaros con cuidado...

Gervasia, con la cabeza baja, recibió la lección tar-tamudeando. Los diez francos debían completar el importe de un pagaré que había firmado al carbonero. Mucho más se incomodó la señora Gouget al oír la palabra pagaré. Que tomase ejemplo de ella; ella reducía su gasto desde que habían rebajado el jornal de Gouget de doce francos á nueve. Quien en la juventud carece de prudencia, se muere de hambre en la vejez. No obstante, se contuvo, sin decir á Gervasia que si le daba la ropa era con el único objeto de facilitarle el saldar su deuda; en otros tiempos, ella misma hacía su lavado y planchado, y volvería á hacerlo si esta operación seguía requiriendo que sacara dinero del bolsillo.

Cuando Gervasia hubo recibido los diez francos y siete sueldos, le dió las gracias y se marchó más que de prisa. Y, al hallarse en el corredor, sintióse tan á sus anchas, que hasta le dieron ganas de ponerse á bailar, pues íbase acostumbrando ya á los disgustos y á las perrerías del dinero, no conservando de tan malos tragos más que la dicha de haber salido de ellos, hasta otra ocasión.

Precisamente este sábado tuvo Gervasia un extraño encuentro al bajar de la escalera de los Gouget. Con su cesto debajo del brazo, hubo de arrimarse á la pared para dejar libre paso á una mujer alta y con la cabeza descubierta, que subía llevando en la mano envuelto en un papel, un maquerel muy fresco, con las agallas manando sangre. Y cata ahí que reconoció á Virginia, aquella buena moza á quien remangó las enaguas, en el lavadero. Las dos miráronse cara á cara. Gervasia por un instante cerró los ojos, creyendo que iba á recibir el pescado en el rostro. Pero nada de eso; Virginia sonrióle ligeramente. Y entonces la planchadora, cuyo cesto obstruía el paso, no quiso mostrarse menos fina:

—Dispensadme—dijo.

—Estáis dispensada—respondió la morena.

Y permanecieron en mitad de la escalera, y convensaron, hechas las paces completamente, sin la más mínima alusión á lo pasado. Virginia, que á la sazón contaba veintinueve años, se había vuelto una sober-

bía moza, rica en carnes, con la cara algo encuadrada por sus dos anchas bandas de negro azabache.

Refirió acto seguido toda su historia, para darse importancia: actualmente era casada; en la primavera anterior había contraído matrimonio con un antiguo obrero ebanista que acababa de salir del servicio militar y que solicitaba una plaza de municipal, por cuanto una plaza es más segura y más «comme il faut». Precisamente acababa de comprar un maquerel para él.

—Mi marido se muere por el maquerel—añadió.— Hay que cuidarlos á esos pícaros hombres ¿verdad?... Pero, subid. Veréis nuestra casa... Aquí estamos en una corriente de aire.

Cuando Gervasia, después de haberle, á su vez, contado su matrimonio, le dijo que había vivido en su misma habitación, en la que había dado á luz una niña, Virginia la instó más todavía á que subiese. Siempre es grato volver á ver los sitios donde se ha sido feliz. Ella, por su parte, había vivido durante cinco años al otro lado del Sena, en el Gros Caillou. Allí conoció á su marido cuando estaba en el servicio. Pero se fastidiaba, soñando siempre en volver al barrio de la Goutte d'Or, donde conocía á todo el mundo. Y, desde hace quince días, ocupaba el cuarto de enfrente á los Gouget. Por ello, todo andaba desordenado todavía en la habitación, pero poco á poco se iría arreglando.

Después, llegadas al tramo, diéronse por fin sus respectivos nombres:

—Señora Coupeau.

—Señora Poisson.

Y desde aquel momento llamáronse á boca llena señora Poisson y señora Coupeau, únicamente por el gustazo de ser «señoras», como en desquite de haberse conocido en otro tiempo en posiciones poco católicas. Sin embargo, Gervasia conservaba un resto de desconfianza. Tal vez la morena se reconciliaba para vengarse mejor de la zurra del lavadero, madurando algún plan de mala bestia hipócrita. Por tal razón, prometióse Gervasia estar sobre aviso. De momento,

Como Virginia se mostraba tan atenta, era del caso mostrarse atenta con ella.

Arriba, en el cuarto, Poisson, el marido, hombre de unos treinta y cinco años, de faz terrosa, con bigote y perilla rojos, trabajaba sentado ante una mesa, junto á la ventana. Hacía cajitas de madera. Sus únicas herramientas eran un cortaplumas, una sierra del tamaño de una lima para uñas y un puchero de cola. La madera que empleaba procedía de cajas de cigarrros, de delgadas tablillas de caoba sin pulimentar, que sometía á recortes y á calados de extraordinaria delicadeza.

Durante todo el santo día, del principio al fin del año, hacía cajas del mismo tamaño, ocho centímetros por seis. Las únicas variantes en su tarea consistían en la talla, en las formas de la tapa, en la introducción de compartimientos. Era una distracción, una manera de matar el tiempo, esperando su nombramiento de municipal. De su antiguo oficio de ebanista sólo había conservado la pasión por las cajitas. Y no se crea que vendía su trabajo; muy al contrario, lo regalaba á sus amigos y conocidos.

Poisson se puso en pie, y saludó cortésmente á Gervasia, que su mujer le presentó como una antigua amiga. Mas, como no era muy hablador, volvió á empuñar al momento su sierrecita. De vez en cuando lanzaba una ojeada al maquerel que yacía en el borde de la cómoda. Gervasia alegróse mucho de volver á ver á su antigua habitación; contó donde estaban colocados los muebles y mostró el sitio del suelo donde había parido. ¡Qué casualidades, no obstanté! ¡cómo habían de figurarse las dos, después de haber pasado tanto tiempo sin verse, que volverían á encontrarse, habiando una después de otra el mismo cuarto!

Virginia añadió nuevos detalles de ella y de su marido; éste había heredado de una tía suya una cantidad, con la cual la establecería más adelante; pero entre tanto, continuaba ocupándose en coser, arreglando vestidos, y lo que se presentaba. Finalmente, pasada más de media hora, la planchadora se despidió. Poisson apenas movió la espalda. Virginia, que la acompañó hasta la puerta, le ofreció devolverle la visita; por lo

demás, quedaba entendido que le daría á planchar su ropa. Y viendo que permanecía en la meseta, imaginó Gervasia que deseaba hablarle de Lantier y de su hermana Adela, la bruñidora. Tal idea la desazonaba. Pero nada; ni una sola palabra se cambió sobre asuntos tan enojosos. Y se despidieron con la mayor amabilidad, repitiendo:

—Hasta la vista, señora Coupeau.

—Hasta la vista, señora Poisson.

De este encuentro nació una gran intimidad. A los ocho días, no pasaba Virginia por delante de la tienda de Gervasia sin entrar; y allí echaba párrafos de tres horas, por manera que alarmado Poisson, y creyendo que la habría aplastado un coche, iba á buscarla, con su mudo semblante de desenterrado. Gervasia, al ver así cada día á la costurera, no tardó en concebir una singular preocupación; no podía oírle comenzar una frase, sin creer que iba á hablarle de Lantier; invenciblemente pensaba en Lantier todo el rato que Virginia permanecía en la tienda.

Bien conocía la planchadora que era un temor necio, pues al fin y al cabo la importaba un bledo de Lantier, y de Adela y de lo que había venido á ser de ellos; nunca hacía una pregunta, ni siquiera sentía la curiosidad de saber noticias suyas. No; aquello la asediaba fuera de su voluntad. Tenía su idea en el magín, como se tiene siempre en la boca un estribillo, del que es imposible libertarse. Por lo demás no guardaba rencor alguno á Virginia, pues con seguridad no tenía ésta la culpa de lo acontecido. Y pasaba tan á gusto el rato con ella, que la detenía repetidas veces antes de dejarla marchar.

En tanto había llegado el invierno, el cuarto invierno que los Coupeau pasaban en la calle de la Goutte d'Or. Este año, diciembre y enero, fueron particularmente crudos. Caían heladas capaces de partir las piedras. Desde el día primero del año la nieve se amontonó durante tres semanas en la calle, sin derretirse. No por ello menguaba el trabajo; sino muy al contrario, porque el invierno es la buena temporada de las planchadoras. ¡Se estaba perfectísimamente dentro de la tienda! Jamás se veían témpanos en los

cristales, como en las tiendas del droguero y del gorrero de enfrente.

El hornillo, atestado de cok, mantenía un calor de estufa; las ropas humeaban, cual en pleno verano, y se pasaba tan bien el rato, con las puertas cerradas, y la elevada temperatura, que uno hubiera acabado por dormirse con los ojos abiertos. Gervasia decía riendo que le parecía encontrarse en el campo. En efecto, el ruido del rodar de los coches quedaba ahogado en la nieve; apenas se oía el paso de los transeuntes; solamente, en el gran silencio del frío, elevábanse las voces de los muchachos, la batahola de una bandada de pilluelos que habían establecido su salón de patinar á lo largo del arroyo, frente al taller del herrador.

Gervasia se arrimaba á veces á uno de los cristales de la puerta, limpiaba con la mano el empañado, para ver el aspecto del barrio en tan condenada temperatura; pero ni una sola nariz se asomaba fuera de las tiendas vecinas, y la calle, engualdrapada de nieve, parecía jorobada; la planchadora únicamente cambiaba algún saludo con la carbonera de al lado, la cual se paseaba con la cabeza descubierta, y la boca hendida de una á otra oreja, desde que helaba tanto.

Lo que sabía á gloria, sobre todo; en aquel tiempo de perros, era tomar, al medio día, una taza de café muy caliente. Las obreras no tenían motivo de queja, pues su patrona lo hacía muy cargado, sin ponerle ni un grano de achicoria; no se parecía, no, al café de la señora Fauconnier, que era una verdadera leña. Solamente, cuando mamá Coupeau se encargaba de pasar el agua por el filtro, era cosa de nunca acabar, pues se dormía ante la cafetera. Entonces las obreras, después de almorzar, esperaban el café dando unos cuantos planchazos.

Precisamente, el día siguiente al de Reyes, daban las doce y media, y aún no estaba el café. Aquel día se emperraba en no querer pasar por el filtro. Mamá Coupeau lo removía con una cucharita, y oíase caer las gotas una á una, lentamente, sin darse más prisa.

—Dejadlo, pues—dijo la mocetona Clemencia;—eso

le turbaría. Hoy, de fijo, no nos faltará de comer y de beber.

Clemencia estaba planchando una camisa de hombre, cuyos pliegues desplegaba con la punta de la uña. Tenía un gran romadizo, con los ojos hinchados y la garganta desollada por accesos de tos que la doblaban por el espinazo, haciéndola agarrarse al mostrador. A pesar de ello, ni siquiera llevaba un pañuelo en el cuello, y su vestido era de lanilla de diez y ocho sueldos, en el que tiritaba sin cesar. Junto á ella la señora Putois, cubierta de franela, acolchonada hasta las orejas, planchaba unas enaguas á las que iba dando vueltas en torno de una tabla de vestidos, cuyo extremo angosto descansaba en el respaldo de una silla; y, en el suelo, un trapo impedía que las enaguas se ensuciaran rozando con el piso. Gervasia ocupaba por sí sola la mitad del mostrador, con unas cortinas de muselina bordada, por las cuales pasaba muy de plano las planchas, y con los brazos muy extendidos para evitar arrugas. De repente el ruido del café que pasaba á chorro, la hizo levantar la cabeza. Y era que la bisoja Agustina acababa de abrir un agujero en el fondo del filtro con una cuchara.

—¡Te estarás quieta!—gritó Gervasia.—¿Qué demonios tienes en el cuerpo? ¡ahora sí que beberemos barro!...

Mamá Coupeau había alineado cinco copas en un ángulo libre del mostrador. Las obreras suspendieron su tarea. La patrona servía siempre el café después de echar dos terrones de azúcar en cada copa. Aquella era la hora más deseada del día. Y aquél, en el momento en que cada una tomaba su copa y se acurrucaba en su banquillo, abrióse la puerta de la tienda y entró Virginia tiritando:

—¡Ay, hijas mías!—dijo.—¡Esto parte por la mitad! No me siento las orejas. ¡Picaro frío!

—¡Toma! ¡es la señora Poisson!—exclamó Gervasia.—A buen tiempo llegáis... Tomaréis café con nosotras.

—A fe mía, no es cosa de negarse... Sólo con atravesar la calle, se le entra á una el invierno en los huesos.